

Cultura

El VIH-sida: una pregunta de sentido

Yolanda Zamora

Cuenta la antigüedad griega que la humanidad de los primeros tiempos vivía una existencia totalmente armónica con su entorno, hasta que a Prometeo se le ocurrió robar el fuego a los dioses para entregarlo a los hombres, y a Pandora, enviada como castigo, se le ocurrió abrir una ánfora que contenía todos los males del mundo, haciendo brotar, liberados, la vejez, la fatiga, la locura, el vicio, la enfermedad, la tristeza, el crimen... y seguramente, entre todos estos males, ¡el sida!

Claro que esto es un mito, y los mitos en la antigüedad nacieron ante la incapacidad del hombre para encontrar respuestas lógicas a sus preguntas más existenciales. Los mitos reflejan, pues, los miedos más profundos, por una parte, y los anhelos más exquisitos por la otra, del ser humano.

Sin embargo, antes de los años 80, a nadie se le habría ocurrido pensar que en la caja de Pandora existiera un azote tan terrible para la humanidad como el síndrome de inmunodeficiencia adquirida, el sida, que impide al ser humano ofrecer una respuesta inmune adecuada a las infecciones que pueden aquejarlo, y estas infecciones se vuelven incontrovertibles.

Fue hasta 1981 cuando el Centro para el Control y Prevención de Enfermedades en Estados Unidos de Norteamérica, informó al mundo el descubrimiento que llevaba a la consideración de un nuevo y grave problema de salud pública en el mundo, iniciándose así los estudios y constataciones que fueron perfilando a este nuevo azote de la humanidad, que enfrentamos hacia finales del siglo XX y ahora, cara a cara, con nuevos hallazgos y posibilidades de curación, afortunadamente, en estos tiempos que vivimos del siglo XXI.

No es mi intención, por supuesto, ni soy la persona autorizada para hacer historia, o hablar científicamente al respecto. Mi intención en este artículo es sólo tratar de entender, de formular una pregunta con toda profundidad: ¿qué sentido tiene el sida en el mundo?

En la reflexión filosófica decimos que, más importante que la respuesta, es aprender a formular la pregunta. Y más importante aún que encontrar una sola respuesta, es provocar la reflexión de todos en torno a la cuestión, en solidaridad y amor. Finalmente, el mundo no soy yo –dice el filósofo–, sino «yo con los otros». La invitación es, pues, a tratar de reflexionar juntos, en el sentido último que sin duda tiene este hecho, a la luz del plan divino, y a reflexionar sobre qué me toca a mí realizar, cuál es mi participación.

Las respuestas pueden ser muchas y variadas, incluso cuando lo más cómodo es hacer oídos sordos, considerando que, ¡gracias a Dios! (eso sí), la enfermedad del sida está muy lejos de mí y de mi familia, y mientras más lejos, mejor. Pero es éste un problema de la humanidad y, como tal, nos involucra a todos de una u otra manera, y a nadie excluye. El llamado más elemental está basado en la respuesta del amor, la comprensión, el respeto y la tolerancia.

Continuando con la metáfora de la caja de Pandora, es importante subrayar, antes que nada, el tropiezo del mito griego, al considerar que los males están ahí como «castigo» de los dioses para el hombre. Pero ni el sida ni ninguna otra calamidad del mundo, puede ser un castigo de Dios, como equivocadamente y de manera muy ingenua –en el mejor de los casos–, o francamente hostil y fanática –en otros– suele presentarse. En todo caso, es

consecuencia de una serie de factores, algunos totalmente ajenos al control de la humanidad. Lo que sí está en nuestro control, es la forma en que respondemos a este problema, con base en nuestra libertad: la última de las libertades es la de reaccionar libremente a una situación adversa, dice Víctor Frankl en su libro *El hombre en busca de sentido*.

Resulta muy difícil, ciertamente, tratar de encontrar una respuesta a la pregunta formulada anteriormente ¿Qué sentido tiene esta terrible enfermedad? Pero, sin duda, debe tenerlo, debe existir un sentido. Viene a mi mente una frase que escuché durante una homilía, que me impactó por su claridad, y por ello la comparto: no somos capaces de abarcar la totalidad de la existencia; se nos escapa el sentido final de las cosas; no podemos comprender el menor acontecimiento en sus últimas consecuencias. Todo queda bajo el signo del amor de Dios...

Pero si bien no podemos comprender cabalmente el sentido de una enfermedad así, sí podemos elegir una respuesta. Así pues, ante el sida está la respuesta amorosa, que comprende, compadece y alivia en la medida de lo posible. La respuesta tolerante, que respeta la libertad del otro aun cuando esta libertad tenga cauces de expresión diferentes. Y la respuesta espiritual profunda, que acompaña desde la hermandad de los seres humanos, y que considera incluso un privilegio, la oportunidad de darle la mano al que sufre.

Finalmente, y retomando el mito griego: no podemos olvidar el final de la historia de Pandora: en lo más profundo del ánfora, acurrucada en un rinconcito, estaba la Esperanza, así, con mayúscula.

No olvidemos tampoco que la esperanza no aparece como por encanto para resolver un problema. La esperanza la construimos todos, día con día, cada vez más fuerte, cada vez más compartida, cada vez más... humana.